

Ruy Pérez Tamayo

“La función del profesor es educar a gente que lo supere, porque entonces hay progreso, de otra manera es simple clonación”

*Jorge Halley Mauricio Hernández, Miguel Otero Zúñiga, Humberto Alvisseñi López García, Alejandro Janén García Delgado**

Estamos en la Unidad de Medicina Experimental de la UNAM del Hospital General de México, donde con mirada amable y risa fácil, el doctor Ruy Pérez Tamayo nos observa con atención cuando tratamos de saber más de su vida profesional y personal, sus convicciones, sus miedos, sus aspiraciones.

Dotado de una memoria sorprendente y de una capacidad admirable para disfrutar de todas las cosas de la vida, en esta entrevista se puede apreciar en su verdadera dimensión a este maestro que ha formado a miles de estudiantes.

¿Quién es Ruy Pérez Tamayo?

Un médico mexicano, profesor de la Facultad de Medicina de la UNAM durante casi 60 años, investigador en patología experimental, educado en este país y en Estados Unidos, casado con una compañera de generación con la que vivió 58 años. Tuvimos 3 hijos y ahora tengo 5 nietos y 4 bisnietos.

Mi interés profesional es la patología experimental, especialmente las enfermedades más frecuentes en nuestro medio. Elegí trabajar con el tema la amibiasis –que es un padecimiento típico de la pobreza– y con el de cirrosis hepática para estudiar principalmente mediante técnicas morfológicas, inmunológicas y bioquímicas los mecanismos que las producen.

Respecto a mis intereses extraprofesionales, soy un estudioso de la filosofía de la ciencia, de la historia de la medicina y un melómano convencido. No veo televisión, no escucho radio, no leo periódicos,



Foto: Marisol Ocañiz

Semblanza

Ruy Pérez Tamayo nació en Tampico y estudió en la UNAM, donde es profesor Emérito. Se especializó en patología con el doctor Isaac Costero, y con los doctores Gustave Dammin y Lauren Ackermann en Estados Unidos.

Es doctor en inmunología, área de la que ha sido investigador incansable. Ha publicado más de 60 libros y 200 artículos científicos, pertenece a 43 sociedades científicas y es miembro honorario de otras más. Fue maestro de muchas generaciones y ha recibido reconocimientos de numerosas universidades y gobiernos del mundo.

dicos, y a eso debo mi espíritu juvenil y mi optimismo ante la vida.

Mi esposa murió hace año y medio y yo he seguido viviendo en la misma casa, trabajando en lo mismo, un poco como homenaje a los años que vivimos juntos. Creo que ese es Ruy Pérez Tamayo. ¡Ah!, me faltó algo muy importante, que tuve excelentes maestros: aquellos que eran mayores que yo y que me ayudaron para prepararme como profesionalista, y aquellos con los que me encontré después, que eran menores que yo, a los que yo ayudé y que se hicieron especialistas en patología o en otras ramas de la medicina, y que me superaron en todo. Eso

*Estudiantes de la Facultad de Medicina de la UNAM.

me da mucho orgullo, porque esa es la función del profesor, educar a gente que lo supere, porque así hay progreso, de otra manera es simple clonación.

¿Cuál es el mejor regalo que le ha dado la medicina?

Mis alumnos. He tenido una suerte extraordinaria. Tuve de los mejores. El más sobresaliente de la historia de la facultad: Roberto Kretschmer, que ya falleció, fue alumno y amigo mío durante toda su vida; Carlos Larralde, distinguidísimo académico universitario, también fue mi alumno y es amigo muy cercano; Patricia Alonso, directora de la Unidad de Patología, también llegó conmigo como joven residente, y la larga lista sigue, algunos viven todavía, otros ya no, pero esa ha sido mi mayor satisfacción.

¿Si no fuera médico, que hubiera querido ser?

Mi padre era violinista y él evitó que nosotros estudiáramos música, porque él y mi madre decían que querían una mejor vida para sus hijos. Toda su vida soñaron con que fuéramos médicos, y estaba supuesto que íbamos a serlo, y los 3 varones lo fuimos. Si hubiéramos tenido el menor apoyo de su parte, seríamos músicos; porque mi padre venía de una familia en la que todos lo eran. Pero él no quiso y yo hubiera sido buen pianista. Después, a escondidas, empecé a tocar de oídas porque no sabía leer notas, aprendí algunas “mzurquitas” de Chopin, cositas así, sencillas, y lo hacía con una gran satisfacción, me gustaba muchísimo.

También pude ser filósofo, pero eso lo supe hasta mucho después. Ahora me entretengo, la mayor parte del tiempo libre leo y escribo sobre filosofía.

Historiador también, me encanta meterme en los libros, ver cómo ocurrieron las cosas, cómo interpreto yo.

Eso es lo que yo hubiera podido y querido ser si no hubiera sido médico, y lo hubiera hecho bien, porque uno no hace bien lo que le gusta, yo no creo en las vocaciones, te gusta lo que haces bien, y si aprendes a hacer algo bien, entonces te gusta. Yo aprendí medicina y la hago bien, y me encanta.

¿Qué opina del estudiante de medicina en México?

Siempre hay alrededor de un 10% sobresaliente. Ahí, el profesor lo que debe hacer es no estorbar, apo-



Foto: Navell Zaragoza

yarlos, ayudarlos, pero ellos solitos saldrán adelante, porque están motivados, porque comen 3 veces al día, porque había libros en su casa cuando crecieron, porque no invierten horas estupidizándose frente a la televisión.

Hay otro pequeño porcentaje en los que no hay nada que hacer. No tuvieron educación adecuada, no comieron, no se les desarrolló el cerebro, tienen problemas de comprensión; no importa el esfuerzo que se haga, no van a salir adelante como personas útiles para la sociedad.

Y luego hay un grupo relativamente grande donde la relación maestro-alumno es fundamental. Si se establece de manera positiva el profesor puede hacer una gran labor: los apoya, los orienta, los moldea, porque le llegan a uno un poco amorfos todavía, no están completamente bien definidos.

Estos 3 grupos siempre han existido en la Facultad. Por fortuna, me han tocado fundamentalmente de los más interesados, que han hecho una mejor carrera, lo cual me ha servido como estímulo para tratar de ser mejor.

También ha habido un cambio muy interesante: el de género. Cuando yo estudié, mi generación (1943) era de cerca de 1200 alumnos, y uno de cada 10 era mujer; ahora son 2 de cada 3. Son el 66% por ciento, lo cual me parece maravilloso, porque siempre he preferido a las mujeres en lugar de a los hombres. Son excelentes estudiantes, en general mejores que el grupo de los hombres. Y hay probablemente 2 razones para esto: la primera es que biológicamente ella madura más aprisa que



Foto: Nayeli Zaragoza

él, quien a los 20 años todavía no sabe dónde tiene la cabeza, en cambio, las muchachas no solo lo saben bien, sino que también saben para que sirve. Tienen una motivación y un sentido de responsabilidad más precoces, y de una capacidad para establecer una relación con el paciente de mayor apertura y afecto que un médico, se involucra más y esto se refleja en su calidad.

Ellas no han tenido un papel muy predominante entre los profesionistas médicos, como en ninguna otra profesión, y ahora comienzan a llegar por su esfuerzo, y en la medida que lo ha hecho ha demostrado que tiene exactamente las mismas capacidades, y en medicina, en mi opinión, mejores que el promedio de los varones.

Entre mis mejores amigos tengo a mis alumnos, yo no tengo amigos de mi edad, son unos vejetes insoportables, la gente joven siempre me ha estimulado mucho.

El elemento económico se integró a la medicina y ya está aquí para quedarse; ha cambiado mucho la faz de la profesión, en algunos aspectos de manera muy negativa, y en otros, forma parte de la evolución natural de la sociedad. Los que tenemos, todavía, buena memoria, recordamos cómo era hace 50 años, entonces la relación era entre el médico y el paciente con su familia, era un binomio. Ahora es un trinomio, hay un abogado, una compañía de seguros o un fabricante de medicinas, hay un elemento económico agregado que ha transformado esto, y ahora, dice el refrán, “hay que ser ricos para

enfermarse”, porque cuesta muchísimo, y antes la medicina no era cara y era para todos, y ya no.

Tenemos varios servicios de salud, y el servicio de la Secretaría es para quienes no los tienen, este hospital por ejemplo. Estoy encantado de haber trabajado toda mi vida aquí. Nosotros sí tenemos servicio de salud, lo que no tenemos son recursos para sostenerlo, esa es la tragedia, el país más rico no tiene servicios de salud pública, y los países pobres sí tenemos pero no los podemos sostener como se debería porque hay muchas carencias.

Nuestro seguro social ahora está hecho solo para los trabajadores asalariados, pero hay una clase no asalariada que se queda sin servicio. Si se hiciera como en los países nórdicos, donde los impuestos de todos contribuyen a la salud pública, ¿entonces qué hay?, salud gratuita para todos. En Noruega, Suecia, Dinamarca, todos tienen acceso a la totalidad de los servicios de salud, pero toda la sociedad paga entre el 60 y el 70% de sus ingresos en impuestos, entonces el que el Estado proporcione servicios públicos gratuitos es responsabilidad de todos, ¿no?

¿Le preocupa el futuro de la medicina en México?

En todas partes. Me preocupa el futuro por la tendencia a este encarecimiento progresivo, que está secuestrando la atención más avanzada, la tecnología más moderna, para los grupos económicamente más beneficiados. Hemos visto cómo, poco a poco, hay que ser rico para enfermarse.

Me complace el avance tecnológico que hemos tenido. Cuando empecé a estudiar había muchas enfermedades letales, no teníamos con qué enfrentarnos a ellas y, después de estos 50 años de ser médico, ya las curamos, ¡ya curamos las leucemias!, podemos controlar la mayoría de las enfermedades infecciosas gracias a los antibióticos, y muchas enfermedades endocrinas muy elegantemente por las hormonas y los conocimientos que hemos adquirido.

Lewis Thomas, que era un médico norteamericano, medio patólogo, medio pediatra, pero fundamentalmente era escritor —hacía unos artículos maravillosos, las “Notas de un observador de la biología” (*Notes of a biology watcher*), del *New England Journal of Medicine*—, recopiló algunos de sus ensayos en un libro buenísimo, *La ciencia más joven*

La medicina ha cambiado en los años que tengo en ella: la transformación científica ha sido fundamental, extraordinaria; pero la económica también, y en general se ha ido transformando de un servicio a la comunidad, en un negocio

(*The Youngest Science*). Él era hijo de un médico de Nueva York en la época en que no manejaban los modelos Ford T, sino *Cabriolet*. Tenía un caballo para ir a visitar a sus pacientes. Entonces Lewis Thomas vio esa transformación de la medicina en donde no había antibióticos ni hormonas ni anestesia, entonces, ¿qué hacía el médico? Lo que se podía, con la palabra, con la atención, con la compasión para el paciente y un poco más, y en 150 años se transformó en una aventura maravillosa, entonces dice: “esta es la ciencia más joven”, porque hace 150 años los médicos llamados científicos éramos igual de malos que los curanderos, los homeópatas y todos los demás, porque nuestros resultados eran igualmente malos, no teníamos elementos.

Pero en ese tiempo nos hemos desarrollado, y ahora somos mucho más eficientes que el resto de los curanderos, y por eso es la más joven, porque apenas acaba de empezar a ser mejor que la competencia. Entonces, lo que ha hecho es algo extraordinario, admirable. Yo digo que sí es un milagro (yo no creo en los milagros, pero ese es uno), la manera como el hombre ha logrado dominar su salud y apoyar al que lo necesita desde un punto de vista médico.

¿Qué médico mexicano ha contribuido más al progreso de la medicina?

Quizá Ignacio Chávez. Perteneció a la época cuando la medicina era prácticamente curanderismo, no había especialidades, todos eran médicos generales. Le tocó la transformación de la medicina en una ciencia, luego en especialidades, y no solo era un líder académico, sino un constructor. Octavio Paz lo describió como “un fundador”. Fundó el Instituto Nacional de Cardiología, que fue el mejor del mundo, puso a México en el mapa mundial de la

medicina y de la cardiología. En ese sentido, fue el mejor representante de una clase en donde también se encuentran Salvador Zubirán, Ismael Cosío Villegas, Raoul Fournier, Aquilino Villanueva, Alejandro Celis, quienes crearon las especialidades e hicieron la medicina que aprendemos nosotros, antes de eso la profesión era diferente.

Estoy hablando de lo que me ha tocado vivir, pero también en función de lo que me ha tocado estudiar. Por ejemplo, también está Miguel Jiménez, que era profesor de clínica médica en la Facultad de Medicina (Escuela de Medicina) y un clínico muy vivaz, escribía muy bien y era profesor como Ignacio Chávez. Creo que aquí ha sido la figura más sobresaliente, más importante. Fue rector de la UNAM, uno de los mejores que hemos tenido, y todas las cosas que hizo, las hizo con ese espíritu mesiánico, yo diría que él era el campeón del “mejorismo”, ¡las cosas pueden ser mejor, vamos a hacerlas mejor!

Lo conocí cuando yo era un mequetrefe estudiantil que llegaba a trabajar con mi maestro Costero. Era, verdaderamente, un personaje fuera de serie.

¿A quién admira Ruy?

A los creadores, en general, a los que son capaces de transformar la realidad en función de sus esfuerzos, de su inspiración, de su capacidad técnica, que hacen cosas nuevas, a los constructivos. Un gran pintor amigo mío, Vicente Rojo, tiene una gran capacidad de generar cosas nuevas, simplemente no puede vivir



Foto: Nayeli Zaragoza

si no está haciendo algo diferente. El michoacano Felipe Mendoza, mi padrino de boda, cardiólogo, fue subdirector del Instituto Nacional de Cardiología, creó la Campaña Nacional contra la Fiebre Reumática, se transformó en un personaje múltiple, era clínico, epidemiólogo, político, hacía todo, ¿por qué? Porque quería controlar la fiebre reumática, y lo logró. Eso es lo que admiro, la capacidad creativa. Crear las *Variaciones Goldberg*, como Glenn Gould, que cada vez que se sentaba a tocar la tocaba diferente. Vengo oyendo en mi automóvil las 32 sonatas de Beethoven, tocadas por Willhelm Kempff, pero también tengo unas tocadas por Nicolas Lugansky. Cuando Kempff toca La *Appassionata* es una cosa majestuosa, extraordinaria; pero cuando la toca Lugansky, es una tempestad, es la misma música, y ambos la están creando nueva.

Lo que me parece despreciable es lo contrario, “lo que hace la mano de adelante lo hace la de atrás”, quienes a pesar de tener capacidad creativa no la usan, y se satisfacen con copiar con lo que hacen otros.

¿Quién es su escritor favorito?

Ahora estoy releendo a José Saramago, *El viaje del elefante*, no es su mejor libro, para mí el mejor es el *Memorial del convento*. Tuve el placer de conocerlo aquí en México, su anfitrión era Gonzalo Celorio, que es amigo cercano mío. Gonzalo acaba de publicar una colección de ensayos llamada *Cánones subversivos*, que es una maravilla, él también es uno de mis escritores favoritos, la cosa es que somos cuates. Pero Saramago es una de las personas que más admiro como literato. Jaime Sabines, Xavier Villaurrutia, para mí son cumbres, más que Octavio Paz, más que cualquier otro autor, Villaurrutia era realmente un milagro de poesía, extraordinario, y Jaime Sabines ni se diga, leo mucha poesía, un autor que leo con gran satisfacción, que recomiendo siempre, es Wenceslao Fernández Flores, era académico español de la lengua de principios del siglo pasado, escribió *El hombre que compró un automóvil* y *El bosque animado*, que son libros en prosa con una maestría extraordinaria. Me gustaba mucho Azorín por su manejo del lenguaje, él seguía la regla de Gracián: “lo bueno, si breve, dos veces bueno”. Era el artista de decir lo más con las menos palabras.

¿Si salvara uno de sus libros del fuego, cuál sería?

El de Guido Majno, *The Healing Hand*, todos los demás, incluyendo el Quijote, que se vayan al diablo, yo lo tomaría y saldría corriendo con él. Y hay dos razones: que es un libro extraordinario, y que Guido es un muy buen amigo mío. Está muy enfermo, por cierto, ayer hable con él, voy a ir a verlo, a ver si llego.

¿Por qué entre sus obras hace falta la poesía?

Mi padre tenía una facilidad casi patológica para versificar. Lo hacía sin haber estudiado, era una especie de don, un gen especial, el don de la rima. Esta facilidad la heredó a mi hermano menor, pero ni el mayor ni yo la tenemos, lo intentamos, pero a mí no me salió nunca, y esto es algo que si no sale bien, no sale. Otra cosa que tampoco hago muy bien es la novela, cuento muchos cuentos pero no hago novela, escribo todo el tiempo ensayos, historia, filosofía, pero no tengo esta cosa imaginaria. ¡Mi padre tenía una imaginación que vaya!, se sentaba a escribir y le salían las ideas a borbotones, él era un mutante.

Usted padece una enfermedad incurable llamada insanabile scribendis cacoethes (enfermedad incurable de escribir), ¿podría hablarnos de ella?

De esa enfermedad, el diagnóstico no lo hice yo, lo hizo un un médico regiomontano amigo mío que se llamaba Álvaro Gómez Leal, que me dijo: “tu problema es que tienes *Insanabile Scribendis Cacoethes*”. Ta’ bien, yo dije, no le voy a preguntar, pero lo voy a buscar. Logré traducirlo y le dije, “sí, tienes razón”. Él la tenía, Álvaro estaba enfermo. Escribió un libro de cuentos, 14 cuentos, antes de morir me entregó un manuscrito y me dijo: “te doy esto, a ver qué haces con él”. En cada uno de esos cuentos hay un muer-

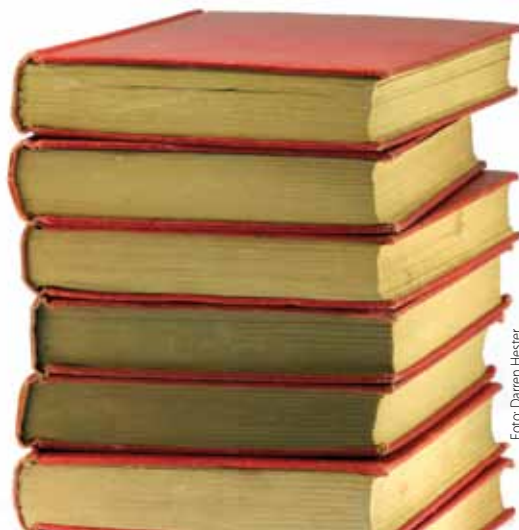


Foto: Darren Hester

to, entonces escribí el prólogo, hice un comentario a cada cuento, lo entregué al Colegio Nacional y lo editaron. El libro se llama *El arte de morir*, y ahí se ve por que tenía *Insanabile Scribendis Cacoethes*.

¿Qué es lo que más detesta?

Aburrirme, porque pierdo el tiempo. Lo que más detesto es perder el tiempo, ahorita, a estas alturas, ya no tengo mucho tiempo que perder. No poder invertirlo en lo que me interesa. Me aburro muy poco, por fortuna, pero eso es lo que yo abomino. Por ejemplo, cuando estoy esperando para pagar en la caja del supermercado, estoy haciendo nada, esperando, estoy aburrido, lo detesto. Y luego, que me ganen en tenis, lo odio.

¿Le preocupa la muerte?

No. Me parece algo necesario, que va a ocurrir, no puedo hacer nada al respecto. Voy a seguir vivo hasta que me muera. Estoy convencido de que después de la muerte no hay nada, igual que no había nada antes de que yo naciera. No le tengo el menor miedo, no la rechazo. Espero que me llegue en forma inesperada y rápida, pero no le tengo ningún miedo, no representa nada para mí.

No existe, no le tengo miedo al infierno, ni al diablo, porque tampoco existen. No le tengo miedo a las cosas que no existen, y la muerte no existe.

¿Cómo quiere ser recordado?

Buena pregunta. No sé si quiero ser recordado, porque como una vez muerto ya no importa nada, no me interesa lo que va a pasar. Miguel León Portilla, gran amigo mío, dice que “eso de la fama que uno tiene, que lo recuerden a uno durante cien años, pues a mí no me interesa, yo quiero ser recordado durante diez mil años, si no es así, no me interesa”.

Me gustaría mucho que mi familia, mis nietos, se acordaran de mí como un viejito simpático, algo así, pero ellos también van a ser viejitos simpáticos y también se van morir, entonces como que no tiene mucho sentido desde el punto de vista del futuro, porque el futuro no existe, una vez que uno se muere, se acabó, ya, no existe nada.

Pero no, no encuentro una cosa satisfactoria para contestarte. En primer lugar, no estoy muy seguro



Foto: autores

El doctor y sus entrevistadores. De izquierda a derecha: Jorge Halley Mauricio Hernández, Miguel Otero, Ruy Pérez Tamayo, Alejandro Janen García Delgado, Humberto Alvissoni López García.

de querer ser recordado, y luego, si quisiera ser recordado, ¿cómo? No sé. Por fin lo pude decir, no sé. Lo digo muy bien, fíjate, lo tengo muy ensayado.

Entonces, terminemos esta entrevista con mi frase favorita: ¡no sé! La próxima vez que me la pregunten, voy estar listo con la respuesta.

COMENTARIO FINAL

Ayer me preguntaron que ¿qué le podría decir a un joven estudiante de medicina? Y yo les dije: “una sola palabra: *trabaja*”, si trabajas haces todo, todo. Nada resiste la acción corrosiva del trabajo, pero se tiene que hacerlo. Si tienes una misión y de veras quieres, y estás comprometido con eso, entonces hazlo y lo logras. Y en este país principalmente, porque aquí muy poca gente trabaja, entonces, los que trabajamos podemos hacer lo que queremos.

Pues a un estudiante yo le diría: “trabaja y vas a ver como te va ir muy bien”, si trabajas 16 horas diarias, en 20 años, vas a poder vivir muy bien, vas a poder hacer todo lo que te interesa, te vas a llenar satisfacciones, pero vas a tener que trabajar

Ahora, si no te gusta, deja la carrera y métete a la política o de futbolista, porque es gente que no trabaja, pero si estás en la carrera y quieres salir adelante, ese es el secreto: trabaja. ●